de cobre ó en flechas y venablos, y como una vez inflamada no se apagaba ni aun debajo del agua, producía incendios inextinguibles y heridas espantosas que aterrorizaban á los más valientes.

EL ISLAMISMO.

Arabia; su situación y división.—La gran península occidental del Asia conocida con el nombre de Arabia, forma un vasto trapecio delineado por las costas del Mar Rojo, las del Mar de Omán (antiguo *Mar Verde* de los árabes), las del Golfo Pérsico, y el Eufrates, desde su desembocadura hasta el punto que marca la mitad de su curso. La línea que partiendo de ese punto rematase en el istmo de Suez, cerraría el perímetro de la extensa tierra de los árabes.

Ningún nombre general designó en lo antiguo esa península, y fueron caprichosos los de *Petrea*, *Feliz* y *Desierta* con que el geógrafo Tolomeo distinguió las más notables comarcas arábigas. Más acertado es enumerar las divisiones principales, hechas por los mismos habitantes en remoto tiempo, y los nombres que les dieron: el *Hedjaz*, desde la península del Sinaí y á lo largo del Mar Rojo hasta la mitad de la costa oriental de ese golfo; el *Yemen*, al Sudeste del Hedjaz, en el ángulo formado por las costas bañadas por el Mar Rojo y las que limita el de Omán, y que es la parte más fértil de Arabia; el *Hadramaut*, situado al Oriente del Yemen; el *Omán*, entre las costas del mar de ese nombre y el estrecho de Ormuz en el Golfo Pérsico; el *Hadjar*, á orillas de ese mismo golfo, y finalmente, el *Nedjed* ó gran desierto del centro, que confina al Norte con los arenales de Siria, y al Este, Sur y Oeste, respectivamente con las otras divisiones ya señaladas (Hedjaz, Yemen, Hadramaut y Hadjar).

Dividido aquel pueblo en numerosas tribus, antes de Mahoma se hallaba repartido entre los *beduinos* ó *ismaelitas* al Norte, y los *sabeos* al Sur: los primeros pretendían (y pretenden hoy sus descendientes) venir de Ismael, hijo de Abraham; los segundos de Joktán, fundador según la Biblia del viejo y opulento reino de *Sabá*. Ya los árabes se habían revelado en la historia como inquietos y temibles vecinos de Persia, Siria y Egipto, aunque sin formar un estado ú nación en el sentido político; las tribus del *Hedjaz*, entre las demás, constituían antes del Profeta algo que pudiera llamarse organización política, sobre todo en las ciudades más importantes de ese país. En cuanto á creencias religiosas, una gran porción de los habitantes eran entonces adoradores de los astros (antiguo culto de los *sabeos*); otros eran idólatras fetiquistas; algunos admitían la adoración del fuego con los dos principios del bien y del mal (culto persa), y no pocos seguían la religión de los judíos.

Mahoma [570- 632].—En el año 570 nació Mahoma (*Mohammed*) en la Meca, ciudad del Hedjaz. Sus padres Abdallah y Amina, de la tribu de Haschim, murieron uno en pos de otro dejándole en la infancia, y el huérfano fué desde niño pastor de ovejas en su ciudad natal. A los veinticuatro años se casó con la viuda de un rico mercader llamada Cadiga (*Jadischa*), después de haber sido conductor de sus camellos. Cambió desde entonces la situación del apuesto joven, y pudo ya prometerse que llevaría á cabo su más ardiente propósito: unir á todos los árabes en una sola religión y prepararlos para la conquista del mundo.

Pasaron, sin embargo, algunos años, y cuando Mahoma contó cuarenta de su edad, él, de suyo melancólico tornóse en exaltado, y á menudo se retiraba al laberinto de rocas que rodea á la Meca donde permanecía muchos días sumido en profundas meditaciones y al volver á la ciudad, creyéndose ó fingiéndose inspirado, refería á su familia las revelaciones que Dios le había hecho por medio de los ángeles, así como la orden de comunicarlas al pueblo. Sus deudos más próximos y algunos amigos íntimos creyeron en la excelencia de su misión, y se sometieron á su dirección espiritual; pero los *Koreischitas* [tribu la más poderosa de la Meca] y los vecinos más ricos de esa ciudad, se pronunciaron en contra de la nueva religión y de su revelador ó *profeta*, temerosos de que la guerra que éste declaraba á los ídolos quebrantase sus intereses mercantiles, pues que la *Ka'aba*, templo de la Meca que contenía hasta trescientos sesenta ídolos, era visitada anualmente por millares de peregrinos que fomentaban el comercio local.

Mahoma predicó durante doce años las nuevas doctrinas entre sus compatriotas sin alcanzar éxito, hasta que amenazado de muerte por sus enemigos huyó á Medina (*Yatrib*) con los pocos devotos que se había ganado. Esta huída (en árabe *el-hisdchra* convertida en nuestra voz *hégira*) ocurrió el 16 de Julio del año 622, y separa la época del *Islam* de la del paganismo, según el sentir de los mahometanos. Algunos años más tarde, el califa Omar mandó que aquella fecha fuese el punto de partida de la época que debían contar los nuevos sectarios.

La emigración de Mahoma á Medina fué decisiva para el *islamismo*, pues que allí le recibieron con júbilo numerosos y ardientes partidarios. Su causa ganó más y más prestigio cada día, y á la muerte del Profeta, acaecida en aquella ciudad el año 632, la Arabia toda, unida por la nueva religión, se aprestaba á cerrar con todas sus fuerzas contra los pueblos vecinos.

El Corán.—El libro que hilvanó Mahoma con retazos de tradiciones y principios de otros dogmas, y que presentó á sus compatriotas como inspirado por Dios y dictado por los ángeles, y en especial por Gabriel, se llama en árabe *Alkorán* (la lectura), y de allí se deriva nuestra voz *el Corán*. En ese libro, dividido en capítulos llamados *suras*, están comprendidos el dogma y la moral del *Islam* que fué el nombre árabe que se dió á la nueva religión, cuya voz significa en ese idioma *abandono de sí mismo*, ó bien *sumisión completa á Dios;* y el que se aplicó á cada uno de los sectarios fué el de *muslin* (el que se entrega), que los persas dijeron *muslimán* y los españoles *musulmán*. Llámase también *mahometanos* á los que siguen la confesión religiosa de Mahoma.

El dogma (*imán*) del islamismo es sobrio y sencillo: "*No hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta*" (enviado); este reconocimiento de Dios como criador, eterno, todopoderoso é inflexiblee para los que no son musulmanes, y los principios relativos á la inmortalidad del alma, al juicio final y á la predestinación, constituyen la esencia dogmática de la religión mahometana. El *dín*, ó sea la moral, prescribe el cumplimiento de varios deberes, siendo los principales: la ablución, la oración, el ayuno en varias épocas del año y particularmente en el mes *Ramadán*, la peregrinación á la Meca, la limosna, y tomar parte en la guerra santa (*schihad*) contra los infieles. El que sucumbe en esa guerra es considerado como mártir de la fé y tiene asegurado el paraíso.

Veintinueve años después de la muerte de Mahoma [661] los musulmanes se dividieron en *sünnitas y sütas;* los primeros admitieron el *Corán* y el *Sunna*, ó sea la colección de las sentencias del profeta, reunida después de su muerte; y los segundos rechazaron esa otra fuente de la teología y jurisprudencia musulmanas. Unos y otros se subdividieron luego en numerosas sectas.

El *Corán* fué el código religioso y civil de los árabes, destinado á reunir sus diseminadas tribus en una sola ley y creencia, en una moral reformada, y en un culto en que los sucesores de Mahoma fueran al mismo tiempo pontífices y soberanos. Lo que aparece como original en el dogma del islamismo es el resultado de la arabización—digamos así—de máximas cristianas y judías, y los esfuerzos de Mahoma se dirigieron á amoldar sus doctrinas en las tradiciones y preocupa-

ciones de la antigua Arabia, en cuanto fueran compatibles con el principio de la unidad de Dios y con su pretensión de ser el último y más grande de los profetas. De ahí resultó el *islamismo* convertido en la religión nacional del pueblo árabe; pero al mismo tiempo quiso su fundador unir políticamente á sus compatriotas, y por eso su legislación religiosa fué también una legislación civil, cuyos preceptos debían tener, y tuvieron, el carácter de prescripciones y deberes religiosos.

La extensión y el esplendor en corto plazo conquistados por el orden político y religioso que fundó Mahoma, tienen su explicación en la sencillez del dogma por él inventado y difundido, en la habilidad conque satisfizo las pasiones de sus compatriotas, y en el vigor de un pueblo joven que al unirse por primera vez con los lazos de la nacionalidad, recibió la misión de difundir con la cimitarra en una mano y el *Corán* en la otra los preceptos de la nueva fé.

El concepto de Dios en el *Corán* es, como ya lo hemos dicho, sencillo y de fácil imposición; el destino final del alma, según el fallo del Altísimo (*Allah*), es el fuego eterno del infierno para los malvados ó los goces del paraíso para los bienaventurados: en esa mansión es permitido el vino y allí aguardan á los buenos, como esposas, las esbeltas de los "grandes ojos" (*hurtes*), y á esto se agrega la promesa, sólo para naturalezas menos materiales, "de contemplar la faz de Dios," como fin supremo de la bienaventuranza. Ningún infiel puede esperar jamás librarse de las penas del infierno; en cambio, la entrada en el paraíso está abierta para los que "en el camino de Dios." caen en la guerra santa. No faltan en el Corán algunas amonestaciones de carácter moral, pero son de expresión tan general que la conciencia de cada musulmán apenas puede distinguir entre religiosidad y moralidad, ó de otro modo, si es más meritorio ante Dios ser un hombre honrado que cumplir puntualmente oraciones y abluciones.

El dogma de la predestinación inculca el convencimiento de que á nadie puede sucederle cosa alguna que no esté prescrita desde la eternidad, que nadie puede substraerse á lo que para él está escrito, ó alterar en lo más pequeño su suerte. Tal principio pudo en los comienzos del islamismo dar conformidad en la desgracia y templar el ánimo de los musulmanes; pero pronto declinó en ese fatalismo que constituye uno de los rasgos más esenciales del concepto mahometano del mundo, que se ha encarnado en los pueblos islamitas, sobre todo desde que los turcos, sustituyendo al desgaste de la nacionalidad árabe, determinaron los destinos mahometanos, y que hoy forma la cadena que tiene aherrojada toda la vida intelectual del Oriente mahometano, enervando hasta su vida física, y sumiéndole en esa inactividad perezosa que le llevará, en plazo más ó menos breve, á su completo aniquilamiento.

PRIMEROS CALIFAS.—Inmediatamente después de la muerte de Mahoma sus más íntimos correligionarios nombraron sucesor á su suegro ABU-BEKR (632), quien adoptó el modesto título de *califa* [*khalifatu ras sûli llâhi*] cuya significación fué la de «vicario ú lugarteniente del enviado de Dios.» Con ese nombre Albu Bekr y sus sucesores ejercieron las funciones de jefes de la comunidad religiosa islamita y del Estado absoluto fundado por Mahoma. El primer califa sofocó la sublevación de algunas tribus árabes, y su general Khaleb llevó sus armas triunfantes hasta Damasco y las fronteras de Persia.

OMAR (634-644) fué designado por Abú Bekr para que le sucediera, y aquél añadió al título de califa el de "príncipe de los creyentes» (*emir-al-mumenin*). El segundo califa es considerado como fundador del grande imperio de los árabes, pues durante su reinado se extendieron las conquistas del Islam por Africa, desde Egipto hasta Trípoli; y por Asia, en Siria, Mesopotamia y la mitad occidental de Persia. El enérgico Omar murió asesinado por un esclavo persa en el año 644.

Un escritor del siglo 13º fué el primero en afirmar que Amrú, general de Omar y conquistador de Egipto (641-643) quemó la biblioteca de Alejandría por orden de aquel califa explicada en este dilema: "*Si esos escritos están conformes con el Corán, son inútiles; si sucede lo contrario, no deben tolerarse*". Generalmente no se da gran crédito á esta afirmación, teniéndose en cuenta que la gran biblioteca del *Brucheion*, en Alejandria, fué reducida á cenizas en tiempo de César, y que la del *Serapeum* se perdió en la época de Teodosio.

OTMÁN Ú OSMÁN (644-656.)—El tercer califa fué de carácter débil y murió asesinado después de un gobierno de 12 años. Difundióse en su época el Islam por todo el territorio de la costa africana hasta cerca de Cartago, y hacia el Oriente se consumó la conquista de Persia, donde cesó de reinar la dinastía de los *Sasánidas*.

ALÍ (656-661).—Este yerno del profeta Mahoma se vió elevado al mando supremo á la muerte de Otmán. A los cuatro años de gobierno murió asesinado como sus dos antecesores, y con el términó la corta serie de los califas llamados *legítimos*. Alí fué un gran poeta, un valiente guerrero y un mediano gobernante cuya memoria reverenciaron ardientemente los *siitas*.

LOS OMMIADAS HASTA FINES DEL SIGLO 7º.—Moawiya ó Mohawiah, de la familia de los *Ommiadas*, una de las primeras de la Meca, y fundador de la dinastía con ese nombre conocida, se había alzado en armas contra Alí, aunque no tuvo participación en el desastroso fin de ese yerno del profeta. Fué reconocido como califa y supo consolidar su dominación con firmeza y sagacidad. Trasladó la capital de Medina á Damasco, y durante su reinado (661-680) dirigió formidables invasiones contra el imperio de Oriente y se ensancharon más y más los límites del califato hacia el centro del Asia. Después de los efímeros reinados de Yezid 1°, Moawiya II y Merwan I° (680-685) subió al trono de Damasco el hábil y enérgico Abdelmelik (685-705) que fué uno de los más brillantes califas de la dinastía *ommiada*.

PROGRESOS DEL ISLAMISMO AL TERMINAR EL SIGLO 7º.—Las conquistas del *Islam*, al espirar el séptimo siglo de la Era vulgar, se extendían por el rumbo oriental hasta cerca del corazón de la India, y por el lado de Occidente llegaban á la *Gran Sirte* en la costa de Africa. No habían transcurrido aun setenta años desde la muerte del Profeta y ya las armas de los árabes habían dominado un imperio más vasto que el conquistado en el cuarto siglo anterior á Jesucristo por Alejandro de Macedonia. Las causas que produjeron esas inmensas y rápidas victorias deben buscarse no en el número de los combatientes que se arrojaron á difundir el islamismo y á sujetar á los demás pueblos, sino en su entusiasmo patriótico y religioso, y en el ardor juvenil de una nueva nación empujada á la guerra por una religión que cuadraba perfectamente con el carácter, las pasiones y los ideales de los compatriotas de Mahoma. Debe añadirse que la rápida expansión del islamismo fué auxiliada eficazmente por el odio que inspiraba la dominación bizantina en Egipto, Siria y otras regiones del Asia Menor, así como por la defectuosa organización militar de los persas. Destruido por fin el imperio de los *Sasánidas* y quebrantado hondamente el bizantino, debían los musulmanes continuar recorriendo la senda de la victoria, invadir en breve la Europa Occidental, é intentar el establecimiento del dominio universal del Islam.